

¿CUANDO PUEDE DECIRSE QUE UNA LENGUA EXISTE?

POR

BERNARDO WITIES

(De la *Deutsche Revue*, marzo de 1908.)

Parece que no puede haber duda sobre si existe o nó una cosa accesible a una fácil investigacion. Pues, en caso que existiera, ya la simple indicacion de su existencia debería ser decisiva para cualquier hombre juicioso. Por esto fácil mente podria compararse la disputa sobre la existencia de una lengua con la disputa, célebre por su absurdidad, sobre la posibilidad del movimiento local, por cuya negacion se ha hecho tan popular el eleata Cenon. Sin embargo, respecto de la lengua es distinta la cosa. La naturaleza de su existencia es tan peculiar que la diferencia de opiniones sobre su realidad es comprensible i de cierto modo determinada por las circunstancias mismas. Por esto vale la pena penetrar los principios que importan, estudiar las condiciones que deben cumplirse para poder decir que tal o cual lengua existe. La siguiente investigacion que a esta cuestion se

refiere, talvez contribuirá algo tambien para conocer la esencia jeneral de la lengua.

Pero veamos primero en qué sentido se dice de una cosa que existe. Observándola con mas exactitud, resulta la necesidad de distinguir entre el material o la materia por un lado i la forma o la esencia de la cosa por otro lado. El juicio sobre la existencia se refiere siempre sólo a la forma i nó al material del objeto. Cuando, por ejemplo, pronuncio el juicio: el hombre existe, es evidente que con esto no me refiero a las materias químicas de que está compuesto, ni a los diferentes miembros complicados, ni aun a todo el cuerpo; pues, cuando el hombre muere, todo esto queda todavía, i, sin embargo, debo sostener que ese hombre ya no existe. Por esto el atributo de existencia corresponde, en cuanto al hombre, a un momento ideal o formal, activo sí, pero invisible, a algo que sólo trasforma el material, es decir aquí el cuerpo, en un sér humano. Lo mismo puede decirse de los animales, las plantas i aun las materias químicas hasta bajar a los elementos mas sencillos en los cuales el material i la forma coinciden.

Igual distincion entre el material i la forma debe hacerse tambien en la lengua humana, i tambien en ella la declaracion de su existencia se refiere sólo a la forma i nó al material.

Ahora bien, ¿cuál es el material de la lengua i cuál su forma? El primero es fácil conocerlo, pero nó así la segunda. Pero sólo cuando se haya encontrado la forma de la lengua, habremos resuelto nuestro problema de contestar a la pregunta: «¿qué significa la existencia de una lengua?»

El material de la lengua es formado de cierta clase de sonidos cuya produccion por medio de los órganos lingüísticos del hombre se describe en la mayor parte de los libros que tratan de la ciencia de la lengua. Pero así como las materias anorgánicas en sí no son aun el material de la esencia humana, sino sólo en sus composiciones i formaciones determinadas, por ejemplo huesos, tejidos, sangre, etc., del mismo modo los ruidos por sí no son todavía el material de la lengua,

sino sólo las palabras, es decir las palabras habladas que tienen un sentido, i que están ordenadas segun reglas gramaticales i unidas unas con otras. El diccionario completo i la gramática completa, sea en su uso concreto accidental, sea en su totalidad fijada—no contienen, como se cree jeneralmente, la misma lengua, sino sólo el material de la lengua. Pero este no es mas equivalente a la lengua que el cuerpo de un hombre es equivalente al hombre.

Para comprender bien la exactitud de mi aseveracion, figúrense el caso estremo de que un hombre insensatamente haya construido una lengua completa para él sólo, de modo que por analojía de cualquiera lengua natural haya formado de diferentes sonidos i sus combinaciones una lengua en toda forma en la cual habla a sí mismo i para sí sólo espresa sus ideas. ¿Puede sostenerse de tal lengua que realmente existe o que existe como lengua real? Evidentemente nó. Nadie que tenga una representacion clara de la esencia de la lengua creerá que tal producto lingüiforme, parecido a un juguete, pronto para desaparecer i conocido a un sólo individuo, caiga bajo la nocion de lengua; que en su esencia pueda equipararse a las lenguas que tienen siglos o milenios de edad i que son usadas por muchos hombres. La lengua real es el producto de una pluralidad i comunidad de hombres, nó de uno sólo. De esto resulta claramente que la existencia de palabras hábiles por medio de las cuales uno puede espresar mui bien sus ideas, es decir hablar, i aun cuando estas palabras se usan realmente—por lo ménos miéntras esto sucede por uno sólo—que todo esto no es suficiente para dar a estas palabras habladas el valor de una lengua real. I por mas rico que fuera su tesoro de vocablos i por mas clara o complicada su gramática, tal lengua no existiria realmente, no seria una lengua propiamente tal.

Fácilmente puede ocurrir la pregunta: Pero, ¿qué existe en tales casos? Algo existe, i si no es lengua, ¿qué es entónces? Pero si prescindimos de nuestra distincion entre el material i la forma de una lengua, segun la cual tal sistema de palabras puede considerarse sólo como simple material de

lengua, es suficiente para contestar esta pregunta aducir una analojía de otro terreno. Pensemos sólo en las flores artificiales: su semejanza con flores naturales es, por lo ménos, tan grande como la de una supuesta lengua artificial con una lengua real. Pero por esto ningun hombre querrá declarar que las flores artificiales son plantas, flores lejítimas. Pues, entónces también podríamos preguntar: ¿qué son entónces las flores artificiales? Pues nada mas que flores artificiales. Este concepto contiene algo mui definido que no puede confundirse con flores naturales, i a pesar de la igual palabra «flores» significa, sólo por el atributo «artificiales,» una categoría bien distinta de objetos. Lo mismo sucede con la lengua. A la pregunta: Si una lengua artificial no es lengua real, ¿qué es entónces?—debe contestarse simplemente: una lengua artificial, nada mas. Esta es una cosa bien distinta.

La lengua artificial no se acerca a la lengua real mas que las flores artificiales a las reales sino en que aquella es al mismo tiempo material de lengua, lo que no sucede respecto de las flores. Pero, como ya hemos visto, hai una gran diferencia entre el material de una cosa i la cosa misma.

I ahora puedo amplificar mi ejemplo ántes dado de una lengua artificial i decir: Aunque una lengua artificialmente creada es conocida i hablada por miles de hombres, todavía no existe como lengua, miéntras faltan ciertas otras condiciones que luego mencionaremos. Es verdad que esta aseveracion no puede contar con aceptacion jeneral, pero su verdad aparecerá claramente cuando hayamos analizado una vez las cualidades esenciales de la lengua, cuando hayamos determinado en qué consiste lo que hace la lengua. ¿Qué es, entónces, la forma de la lengua?

Esta pregunta se contestará por sí sola cuando comparemos cualquiera lengua naturalmente formada con cualquiera lengua artificial. Entónces encontraremos que una lengua real, a mas de aquellas cualidades i condiciones que tambien pueden producirse arbitrariamente—por ejemplo la articulacion, el significado determinado de las palabras, la firme

regulacion de su combinacion en el uso i el uso mismo—posee todavía otras condiciones i cualidades que nadie puede dar a una lengua arbitrariamente: estas son primero la validez objetiva o—hablando subjetivamente—el verdadero reconocimiento, i segundo—lo que con aquello está íntimamente relacionado—la esclusiva pertenencia a una masa de hombres que debe ser portadora o verdadera poseedora de esta única lengua.

La lengua es el producto de la necesidad i de la demanda. Pero no de una necesidad jeneral reconocida por consideraciones ni reflexiones ni de una demanda altruista resultante de razones morales o de cultura, sino de una necesidad inmediata, sentida individualmente, i de una demanda concreta. Es verdad que raciocinios i consideraciones morales tienen alguna influencia, a veces fuerte aun, sobre la conducta mútua de los hombres sometida a la razon, pero tales consideraciones son impotentes en procesos que sirven a la razon, pero que no son dominados por ella. Esto sucede en cuanto a la lengua. Sólo cuando el alma del hombre lo empuja inmediatamente para espresarse, cuando necesita una espresion para su apuro, su sentimiento o un reconocimiento adquirido—sólo éste es el estado en el cual la lengua tiene sus raices, sólo por él se mantiene viva. Allí no hai espacio para la arbitrariedad, i lo que bajo tales circunstancias se verifica aparentemente con arbitrariedad, es en el fondo un proceso involuntario.

Pero todo lo que dentro de una lengua real se hace arbitrariamente, por los demas partícipes de la lengua luego se conoce como juego ocioso sin valor i nunca puede radicarse duraderamente en la lengua. Las condiciones de las palabras de una lengua son las mismas que las de las facultades i órganos de los seres vivos: sólo lo que remedia una demanda, es decir sólo lo necesario, puede conservarse.

Pero no se debe confundir la arbitrariedad con la comprension errónea i la falsa analojía, la llamada etimolojía popular. De esta confusion proviene en gran parte la mala intelijencia en esta cuestion. Las dos cosas son mui distintas

una de otra, i las nuevas formaciones en la lengua que se fundan sobre un error, demuestran mas bien de nuevo que la razon es poco cooperativa en esto. No la reflexion, sino el apuro es creador de la lengua; es decir todo el estado psíquico i espiritual del hombre que en su mayor parte es inconsciente, es el terreno del cual brota la lengua.

Por esto puede decirse de una lengua que ella existe sólo cuando cierto número, por lo pronto, solamente en ella pueda espresarse. La cantidad del número en esto no importa, la cosa principal es que una lengua forme el esclusivo medio de entendimiento mútuo de una masa de jente, con otras palabras, que una lengua sea, al mismo tiempo, tambien *lengua materna.* Sólo entónces existe. Porque sólo entónces es realmente la espresion de una vida psíquica i vive ella misma por esta vida; sólo entónces posee un hogar i, apoyándose sobre sí misma, puede exijir tambien a hombres estraños el reconocimiento de su derecho de existir i de su carácter. Pero este reconocimiento estraño es siempre sólo un éxito secundario que se verifica por sí sólo i es de poca importancia para la existencia de la lengua. Esencial es para ella que cualesquiera hombres la posean como propiedad heredada i que sientan la intimidad de ámbos—aquellos hombres mismos i su lengua—como algo natural, orgánicamente coherente.

Este es el primer punto distintivo entre una lengua i un producto lingüístico artificial.

El segundo característico, el real reconocimiento de la lengua por parte de sus poseedores, es siempre sólo la consecuencia necesaria de aquella relacion natural entre el hombre i la lengua. Cuando se le ocurren al hombre espontáneamente, como espresion para sus sentimientos e ideas, ciertas palabras i combinaciones de tales, no puede sino considerarlas objetivamente válidas. Este término «objetivamente válido» no significa nada realmente objetivo, es decir algo que independientemente del hombre esté en la misma lengua, sino al contrario, la validez objetiva tiene su sitio únicamente en el alma del hombre, es un acto meramente subjetivo,

es decir el reconocimiento, residente solamente en el espíritu, de la correccion i necesidad de las palabras i formas usadas. Objetiva la llamo porque este reconocimiento se verifica con tal necesidad que el hombre tiene la impresion de no tener eleccion, sino que debe someterse, de cierto modo, a una lei objetiva. Porque es esta la característica en la lengua que el hombre parlante, que él mismo nolens volens es cooperador en la creacion de la lengua, no sabe nada de esta actividad creadora i sólo piensa, con cuidado, en hablar correcta, es decir normalmente.

En esto pues, en este sentimiento, en este reconocimiento inmediato, involuntario, natural, consta la forma o la esencia de la lengua. Este reconocimiento es para un sistema de palabras articulado lo mismo que la vida para el cuerpo vejetal o animal: es decir el punctum saliens.

Pero tal reconocimiento que no sólo consiste en un obrar o hablar esterior, sino que nace de las profundidades del alma, en una palabra, el lejítimo reconocimiento no puede ser producido o motivado directamente, ni por resolucion voluntaria ni por obligacion. Sólo las leyes a las cuales no importa el estado interior del espíritu, sino sólo el obrar i omitir, pueden acercarse al hombre con prescritos de afuera, con mandamientos i prohibiciones. Pero así como las leyes no pueden ordenar que se las respete siempre tambien interiormente, así tampoco una lengua hecha e impuesta al hombre de afuera puede efectuar que los hombres la reconozcan. El respeto i el reconocimiento que en su esencia son afines, no dependen nulamente de nuestra libre resolucion, de nuestra arbitrariedad. Nacen libres, por esto nosotros no somos libres en frente de ellos, por esto no pueden ser producidos por acuerdos ni convenios.

Es verdad que talvez indirectamente podría proporcionarse a una lengua artificialmente creada el reconocimiento en doble sentido necesario. Es decir así que un número de infantes fuera educado sólo en una isla solitaria por un hombre que habla una lengua artificial, digamos un esperantista, de modo que el esperanto realmente llegara a ser su lengua

materna. I si estos niños esperantistas procrearan allí nuevos niños, i así por algunas jeneraciones, tendríamos—aunque no la lengua universal apetecida—pero sí una nueva lengua real al lado de los millares de otras. Si en esto la lengua artificial quedaria «pura», aunque fuera durante un tiempo relativamente corto, o si mui pronto sufriria grandes alteraciones—nada se puede predecir con seguridad; para esto, a pesar de los asiduos i estensos trabajos de investigacion, disponemos de poca penetracion a las leyes concretas mas elementales de la formacion i desarrollo de las lenguas. Supongamos, sin embargo, el caso mas favorable i digamos que la lengua artificial, por su transicion a la condicion de lengua materna, se modifique poco, así que de este modo un producto lingüístico artificial se convierta en una lengua real, de todos modos este medio no es en la práctica realizable. I aunque fuera realizable, no conduciria, segun ya se ha dicho, al objeto apetecido, a la lengua universal. Pero no hai otro camino para conseguir el reconocimiento de una lengua artificial.

I miéntras falta a un objeto lingüístico el reconocimiento ántes caracterizado, no existe como lengua; i por mas práctico i perfecto que fuera, i por mas celosamente se le cultivara, se ejercitaran en hablarlo i trabajaran por su estension —no podria, con todo, adquirir la existencia de lengua, sino que tendria que desaparecer en breve tiempo. En cuanto no puede sostenerse duraderamente una lengua artificial se encuentra en peor situacion que las flores artificiales arriba comparadas con ella. Esto proviene de que las flores artificiales, una vez fabricadas, tienen una existencia objetiva independiente en la cual por si solas perseveran, miéntras que las palabras no poseen existencia material objetiva, sino que su existencia consiste preferentemente en el ser habladas, es decir que deben ser reproducidas siempre de nuevo. Pero en un producto artificial el alma no quiere hacer esto duraderamente, i lo que es mas importante aun, la voluntad para ello no puede transferirse de uno a otro, i ménos de una jeneracion a otra. O espresándolo de otro modo: no sólo la produccion de la lengua artificial deberia depender de la arbitrarie-

dad, sino tambien la continuacion de su existencia, i con el fin de la arbitrariedad que no tardará en venir, acaba tambien la existencia de tal lengua.

Sólo ahora podemos comprender claramente cuál era o es el verdadero error de los partidarios de una lengua universal o, como tambien se la ha llamado, de una lengua ausiliar internacional o lengua comun artificial. Pues, de acuerdo con la opinion jeneral, buscan la esencia de la lengua en la posibilidad de hablar i comprender una coleccion ordenada de palabras, creen que importan sólo estas cualidades, que el concepto de la lengua es con ellas completamente definido, i estas cualidades, saben ellos, pueden efectuarse arbitrariamente. Pero desatienden por completo que pertenece ademas necesariamente a la esencia de la lengua un determinado estado psíquico del que habla, el que no sólo no puede ser producido arbitrariamente sino cuyo esencial característico es justamente la espontaneidad. Esto pudo suceder tanto más fácilmente cuanto que estas cualidades o condiciones, lo mismo que lo esencial de toda cosa formada u organizada, no son visibles ni, en jeneral, perceptibles por los sentidos. Pero, conociendo esto, talvez tendrán que pensar distintamente de la lengua.

Voi a traer aquí un ejemplo instructivo o una comprobacion de lo dicho. El profesor *Luis Couturat*, en Paris, demuestra la posibilidad de una lengua universal del modo siguiente: «La lengua internacional debe ser posible, *pues existe.* Todas las teorías del mundo no pueden derribar un hecho ni ménos toda una suma de hechos concordantes. Pero es un hecho que con ayuda del esperanto los miembros de todas las naciones, de todas las profesiones i grados de educacion pueden tratarse mútuamente por escrito i oralmente, etc. Para repetirlo: La existencia de una lengua ausiliar internacional aplicable i en uso es un hecho en presencia del cual incumbe a los filólogos el deber de esplicarla, pero nó el derecho de negarla.» (Couturat: ¿Una lengua universal o tres? «Deutsche Revue», Febrero i Marzo de 1907).

Por consiguiente, el hecho de que miembros de diferentes

naciones pueden, por medio del esperanto, tratarse mutuamente, es para Couturat una prueba suficiente i válida de que el esperanto existe, o mas bien dicho: aquel hecho le es *idéntico* con el hecho de la existencia misma. La premisa tácita i admitida como natural en esta prueba o esta opinion es que una lengua eo ipso existe sólo con tal que se la pueda hablar i comprender i que de ella tambien a veces se sirvan. Bajo qué condiciones psicolójicas se verifica este hablar i comprender, no se averigua ni se toma en consideracion. Pero esto es lo mismo que si álguien sostuviera que cada hombre que reza es creyente. I si esto fuera exacto, resultaria tambien que uno posee tanto mas fé cuanto mas reza; por consiguiente no seria posible la hipocresía. E igual cosa en la lengua: cuanto mas fácilmente una puede ser hablada, tanto «mas existente» es! Segun esto, el esperanto seria una lengua mas real que, por ejemplo, la rusa. Aunque aquí no quiero sostener que justamente lo contrario de esta regla es la verdad, tanto respecto de la lengua cuanto del rezo — aunque esto tambien pueda defenderse con razones atendibles, — indudablemente tal regla es falsa, aun absurda, i esta deductio ad absurdum demuestra que la premisa antedicha no sólo no es evidente por sí, sino simplemente inexacta.

I el profesor *Hugo Schuchardt* que en su «Informe sobre una lengua ausiliar internacional» (publicado en el Almanaque de la Academia de Ciencias en Viena, 1904) escribe: «De la esencia de la lengua misma no se levantan límites que serian intransitables para la arbitrariedad», acierta con esto exactamente el punto en el cual se apoya su comprension errónea de este problema; justamente lo contrario de aquella aseveracion es la verdad.

Hemos conocido hasta ahora la independencia e inaccesibilidad de la lengua enfrente de la arbitrariedad, saliendo de la esencia de la lengua misma. Una prueba convincente de la exactitud de este conocimiento la ofrece el efectivo estado de todas las lenguas en todos los tiempos. Justamente la irracionalidad de la lengua, las mui detestadas escepciones de las reglas i las reglas irracionales mismas dan testimonio

de que la lengua no es un producto de la arbitrariedad ni puede llegar a serlo. Pues no debemos olvidar que los creadores de la lengua son, en todos los tiempos, sólo i esclusivamente los hombres. Por consiguiente, si la formacion de la lengua pudiera ser sometida a la consciente arbitrariedad, esto ya se habria hecho desde tiempo atras, pero entónces lo irregular e irracional no habria podido aparecer en ella, o lo habríamos, por lo ménos, estirpado de ella largo tiempo; entónces el desarrollo de la lengua no se apartaria continuamente hasta el dia, del rumbo recto, indicado por la razon. Si la arbitrariedad en grandes proporciones fuera posible en la lengua, los hombres seguramente ya lo habrian ejercido en ella en mayor escala. Porque ellos no dejan escapar nada que de algun modo esté al alcance de su arbitrariedad. En cambio vemos fracasar siempre i siempre toda tentativa de modificar consciente i directamente la lengua o de producir aun lenguas nuevas; vemos que la lengua, a pesar del creciente desarrollo de la razon, de ningun modo aumenta igualmente la prudente conveniencia i regularidad, a pesar de la simplificacion de las formas, sino que en su forma resistente a toda simetría i regularidad la lengua humana se queda igual durante todos los tiempos. I así ella quedará sempiternamente porque su esencia i su existencia no están sometidas a la razon ni pueden ser sometidas a ella, porque su existencia justamente se funda en que se la reconoce involuntariamente como obligatoria.